

[illegible]

¿O si lo hemos perdido?

El hilo, que se va a perder, porque el sentido común — una cosa tan corriente! —, cuanto ni que puede importar cuando, además, nos queda el propio, de infinitamente mayor enjundia y entidad. Y si lo hemos perdido, Dios no lo permite, sino que la habremos liado porque nos pasará como, haciéndolo, uno podía sin ir más lejos, nos sucedió a nosotros en nuestras propias carnes mortales cuando buscando... pues qué podía estar gente... que se al pronto no creamos...

Bueno, pues no sabemos, pero **un de stornillador**.

¿Qué estábamos diciendo? Ah, ya: que para coger la pinza de la ropa con que sujetar el estor averiado del cuarto de estar y poder así abrir la ventana... Pero tampoco vamos a extendernos en eso porque, nos figuramos, quien más quien menos ya cuenta con sus trucos propios para abrir una ventana.

1001-7610/01/0000-0000\$05.00/0



FOTOMATÓN

-Bueno - respondió el hombre - hace ya tanto que...sí recuerdo que habíamos subido a un autobús y primero no había asientos, todos estaban ocupados; tres paradas después que daron dos libres y, entonces, fue la primera vez que lo no té, al preguntarme mi madre...

-Ella no debió hacerlo - habló resentida la mujer del paciente, una mujer pequeña calzada con unos zapatos anticuados si bien impecables que a ojos vistas la estaban torturando y vestida con un traje que había sido estrenado, como poco, diez o doce años atrás y desde entonces había permanecido colgado en el armario -; yo no he tenido hijos, doctor, quiero decir nosotros, pero de haberlos tenido yo siempre hubiese intentado hacerles la vida fácil...Mi hermana dice que es que soy muy bland...

El médico, que al comenzar a hablar la mujer había soltado su estilográfica, volvió a tomarla con gesto impaciente y urgió:

-Si nos ceñimos a los hechos menos tardaremos en estar en disposición de emitir un diagnóstico y aplicar el oportuno tratamiento - se colocó las gafas y el plumín ya casi rozaba el papel -, ¿qué le preguntó su madre?

-¡Qué podía preguntarle! - la mujer, jugueteando con el broche que adornaba la solapa del abrigo que reposaba sobre sus rodillas -, mi suegra...pobrecita, en paz descanse...era una buenísima mujer pero sin capacidad de improvisación ninguna, jamás hubiera hecho una pregunta que no estuviera siendo de entre todas las posibles la más obvia.

-Ya comprendo - el doctor -, ¿tuvo usted consciencia, desde el primer momento, nada más formulada la pregunta, de estarse enfrentando a una situación conflictiva, de lucha interior?

-No - el hombre -, hace ya tanto tiempo que...pero no recuerdo algo así; creo que me lo tomé con total indiferencia -y agregó, como si pretendiera casi nueve lustros después justificarse -, tal vez porque consideré que a todos los niños

les sucedía lo mismo.

-¿Se resistía a saberse diferente, tal vez?

-No sabría decirle - replicó - pero es posible que...

-¡Oh, doctor! - la mujer soltó el broche y dobló de forma diferente el abrigo como con la intención de poner tierra por medio entre la filigrana de bisutería y sus dedos -, él dirá que no porque la adoraba; llevábamos ya ocho años casados y él aún seguía enmadrado, sólo para ponerse una corbata le telefoneaba...decía que yo no le comprendía.

-¿Es eso verdad? - el doctor.

-Que lo decía sí - el hombre -, pero no que lo dijera de verdad, de corazón; estaba pretendiendo tan sólo, imagino, comportarme como una persona normal - y concretó -, hacer afirmaciones...reproches, dar pie a discusiones aunque fueran muy superficiales para crear la ilusión de que yo no era tan diferente de los demás.

-Bueno - el médico, exhibiendo una sonrisa alentadora - esa voluntad suya ya sería indicio a considerar, aunque remoto, no quiero tampoco aventurarme y hacerles concebir falsas esperanzas...indicio de que la dolencia que le aqueja pudiera no ser irreversible.

-¿Estás oyendo? - dio ella unos golpecitos cariñosos con su mano sobre las del marido cruzadas en el borde de la mesa -, ¿no te parece que eso es maravilloso?

-Estoy oyendo - el marido.

-Y te parece maravilloso - y lo miraba como sí, caso de haber tenido unos hijos que Dios no quiso darle, el menor de ellos hubiese recitado ya hasta nueve por siete sesenta y tres y nada hiciera no prever que ¿por qué iba ya total a atascarse en nueve por ocho?...mas:

-Eso no lo sé.

-¡Vaya por Dios! - y embargada por el desanimo dio vueltas al abrigo hasta que logró dar con el broche y se puso a toquetearlo con empeño.

-Vamos, señora - el médico a la esposa -, hay que tener paciencia, no desesperar...el primer paso está dado desde el momento en que decidieron ustedes consultarlo...

-Lo decidió ella - puntualizó el marido.

-Pero usted no dijo "no"...aunque - cerró la boca considerando sin duda que la observación que terminaba de hacer

era mema.

-Si hubiese dicho "no" - el hombre - no estaríamos aquí - y un poco como avergonzado - y bien sabe Dios, doctor, que no he sido jamás un hombre soberbio o autoritario...ella puede decírselo...es sólo que...

-Claro, claro - el doctor, comprensivo -, lo he dicho sin reflexionar, ha sido por mi parte una falta de...

-Tampoco se atormente - el enfermo, con sonrisa resignada y dulce -; mi caso es tan atípico, tan inusual, que usted ha de sentirse desconcertado.

Y el médico asintió, con la cabeza, distraído, ensimismado un poco porque él hombre sabía discernir, ¡caramba!, y... ahora, esa preocupación por los sentimientos de él..."no se atormente"...tal vez no estuviese todo perdido; él debatiría el caso con otros colegas, tal vez algún otro en algún momento o en algún lugar aunque remoto se había encontrado en una situación similar.

-¿Un cigarrillo? - preguntó con resolución, alargándole una pitillera abierta, y la mujer se quedó mirando, expectante, conteniendo la respiración, los ojos fijos en los cigarrillos y en la mano del marido, en los dedos tomando uno y llevándolo a los labios.

-Ajá - el médico, con sonrisa triunfal.

-¡Oh, uno para mí, por favor! - la señora, con los ojos humedecidos.

-¡Pero si tú no fumas, Pura! - el marido, asombrado.

-¡Es que estoy tan emocionada! - tosió.

-¿Ha visto? - el médico al enfermo.

-Sí, doctor - el hombre, compungido -; pero eso no está demostrando casi nada.

-¡Oh, Ernesto! - ella, apagando el cigarrillo -; no me asustes, cariño.

-No pretendo asustarte - con dulzura -, ni ser uno de esos enfermos tiranos que cuando ven a sus allegados respirar un poco se ven aquejados de una recaída...sin embargo, si en lugar de una pitillera usted me hubiera mostrado... ¿cómo podría explicárselo?, ¿relatándole lo del pan con chocolate aquella tarde en casa de los tíos?

-¡Doctor! - la mujer, poniéndose de pie de un salto -, ¡observe! - se volvió presa de la euforia y posó un beso re

gocijado en la calva incipiente del marido -, ¡ha preguntado!

-¡Y dos veces! - el médico.

-Vamos, vamos - el hombre, haciendo con sus manos el gesto de acallar multitudes enardecidas de entusiasmo y, a la mujer, alisando los escasos cabellos que ella había desordenado -: déjame que le cuente lo de la merienda.

-¡Ah; la merienda! - ella, ordenando con premura los dobleces del abrigo en sus rodillas y propinando sobre el paño unos golpecitos enérgicos como de apartar unas motitas que no había -; tenía doce años y había ido a pasar unos días con unos familiares, en el campo...una finca deliciosa...

-Si nos centramos...- el doctor -, y si lo cuenta él...

-Cuéntaselo - ordenó.

-Mi tía preguntó si quería pan con chocolate...

-Era la hora de la merienda - ella -, díselo.

-...colate o bocadillo de chorizo.

-¿Y?

-¿Cómo "y", doctor? - la mujer se crispaba -; ¡no supo elegir! - y diagnosticó -: cualquier niño sin traumas hubiese dicho pan con chocolate...es más - abundó -, se habría comido el chocolate y tirado el pan...¡es lo lógico!

-Bueno - el médico -, de eso habría mucho que hablar.

-Ah - escéptica -, ¿usted no...

-Yo aborrezco el dulce - respondió -; desde niño - y dedicando nuevamente su atención al hombre -, ¿qué merendó?

-Bocadillo de chorizo - ella, y culpó -: la tía, hermana de la madre, era una mujer por lo demás encantadora pero... ¡a un niño no se se hace eso!; de ahí le vienen todos los problemas, doctor, de una familia tan rara, tan problemática, tan...

-Pura - el enfermo -, no puede pasarse uno la vida echando la culpa al empedrado...Mi madre y mi tía eran muy normales; además, mi madre fue quien me instó a que me casara contigo.

-¿Eso le hizo? - el médico, levantándose las gafas.

-Bueno - el hombre, rebulléndose en su silla nervioso - sí, pero le ruego que no se forme una opinión desfavorable de ella - y con los ojos humedecidos -: me quería mucho.

-¿Mucho? - volvió a levantarse el doctor las gafas.

-Sí - ella, arrugando la nariz con disgusto -, mucho, de

masiado; una de esas madres a quienes para su niño todo se les figura poco, que se piensan que no hay mujer digna de ellos, que...

-Debieras de sentirte halagada - apuntó suavemente el esposo -: tú le pareciste perfecta.

-¿Perfecta? - el médico optó por quitarse definitivamente las gafas.

-¡Oh - protestó la mujer enjugándose los ojos con su pañuelo que buscó en uno de los bolsillos del abrigo -; ella me detestaba!

-Pura, ¿cómo puedes decir eso cuando sabes que...

-¡Pues claro que sí - echándose a llorar amargamente -, me aborrecía! - y sorbiendo, al doctor -: doctor, ella me eligió a mí porque me consideraba una mujer de caracter débil...

-¿Débil? - cerró el médico las gafas y las posó sobre la mesa.

-Sí, manejable, ya me entiende, una de esas jovencitas sumisas que...porque entonces era yo muy joven, ¿sabe?, muy joven y sin una madre propia en quien...- suspiró e intentó serenarse -, una de esas mujeres sin nada de espíritu e in expertas que parecen estar pidiendo protección a cada instante...

-Pero Pura - el marido.

-¡Haz el favor de callarte! - con gesto impaciente ella, y agregó -: es una espinita que llevo clavada de toda la vida en el alma y algún día tenía que quitármela. Doctor, no fue él quien me eligió - y volviendo a llorar -, ¡y eso me duele mucho! - se sonó -; ella me eligió porque me detestaba y qué mejor argucia para una madre tirana y absorbente que se resiste a separarse de su hijo que el buscarle una esposa que le parece odiosa.

-Señora, ese razonamiento suyo es un tanto retorcido.

-Oh, no - ella -; ya le he dicho que, por otra parte, era una mujer buenísima - hizo una pelota con el pañuelo humedecido -; sólo que...- encogió los hombros y abrió el bolso para guardarlo.

-¿Y usted qué dice a eso? - al enfermo.

-No sé, doctor; si hemos venido a consultar con usted es precisamente porque nunca sé nada, ya lo sabe, porque no sé

tomar decisiones, ni plantearme dudas, ni cuestionarme si esto o lo otro es más apetecible, o más conveniente...No sé, no sé...- se puso de pie y dio unos pasos por la estancia, sujetándose la cabeza con las manos -; no sé hacerlo - y mi rando a su mujer y al médico con los ojos muy abiertos -: ¿es eso tan terrible? - y agregó -: yo siempre he vivido, sin em bargo, más o menos contento y, si quieren que les diga, bástan te en paz; no creo que mi vida haya sido más ingrata que la de cualquiera de quienes se empecinan en que las cosas han de ser de una forma concreta..."¿qué corbata me pongo?" - miran do resentido a la mujer -, cada mañana cuando te lo pregunta ba ponías los ojos en blanco con hastío y protestabas ya es tamos como siempre y tenía que terminar telefoneando a mi ma dre...¿te hubiera sido tan penoso responder?

-Sin embargo - el médico, repasando sus anotaciones - su madre falleció hace años y usted lleva corbata, ¿me querría decir cómo lo hace?

-Cierra los ojos - respondió ella - y agarra una; sin mi rar.

-Es un criterio tan respetable como lo pueda ser otro cualquiera; yo que ustedes de una cuestión así no haría proble ma.

-Ese es precisamente el problema, doctor - el marido -, que de una cuestión así nosotros no hacemos problema y, me ponga la corbata que me ponga, ella termina siempre por decir "¿ves qué fácil?"...A ella todo le parece fácil com prender que no es sencillo ni agradable vivir de continuo en la perplejidad de por qué el resto de los mortales son dueños de sus propias decisiones y yo no...

-No obstante - el doctor, puntualizando -, usted ha reco nocido haber vivido siempre más o menos contento.

-Oh, sí; yo siempre he vivido razonablemente en paz como le he dicho con mi perplejidad y con mi asombro. Me parecía excitante el levantarme cada día con la expectativa de con qué decisiones mis congéneres me sorprenderían.

-Lo dice en pasado, ¿quiere eso decir que ya no se lo pa rece?

-¿Excitante? - la mujer, volviendo a dar vueltas a su abrigo -; oh, claro que no, ya no, ya ha dejado de parecerle original...a fuerza de costumbre...que todos los demás y él

no tengan las ideas claras y no hay manera de hacerle inte
resarse por nada.

-Pero, vamos a ver - cruzó el doctor las manos bajo el
mentón y fijó los ojos entornados en un punto perdido inter
medio entre ambos -; ¿quién es en realidad el enfermo? - y
dirigiéndose a la mujer -: usted parece bastante más angusti
diada que él y...me pregunto yo, ¿lo ha estado siempre?

-Yo siempre he tenido un caracter fantástico...que le
diga él; que le diga si le he reprochado alguna vez el no
ser uno de esos hombres que toda mujer desearía tener a su
lado para sentirse protegida...que muy al contrario, siempre
le he dado ánimos y "cariño no es tan grave"...¿estoy mintiendo
do?, anda, anda, si estoy mintiendo dilo..."cariño no es tan
grave, ¿por qué has de suponer que los que se pasan la vida
ejercitando su capacidad de elección son sin lugar a dudas
más felices?"...doctor, eso le decía.

-¿Se lo decía; quiere eso decir que ya no lo hace?

-Ya no lo hago - ella - porque ha dejado él de atorment
tarse...se ha resignado...y su resignación lo tiene sumido
en la más abrumadora de las apatías...¿ve su corbata? - y
alargó la mano tomando entre sus dedos la corbata del marido
y propinándole un par de tironcitos -, pues esta corbata, doc
tor, está sí elegida a ciegas, como ya le dije, pero con una
intención muy diferente de la que le asistiera hasta hace poco
co, ¿comprende?, ahora la sigue eligiendo sin mirar pero nervi
viosísimo, casi tembloroso y en ascuas por abrir los ojos para
ra ver si le gusta...

-¿Y le gusta? - el médico, al hombre.

-Unas veces sí y otras no.

-Ah, ¿y?

-Pues que yo antes, doctor - el hombre -, era feliz a
mi manera en mi infelicidad, pero ver ahora mi contento pendi
diente de mis actos, por mucho que yo ponga de mi parte para
que continúen siendo arbitrarios, me crea una inenarrable
sensación de pérdida, de desamparo; me hace sentir dolorosamen
te responsable y añoro, sí, añoro mi irresponsabilidad y
siento nostalgia de aquel tiempo remoto en que el estar casado
do con mi esposa o haberlo podido estar con cualquier otra
me daba enteramente igual en tanto que, ahora...- movió dubi
tativo los dedos, tabalenado después sobre la mesa -, ahora

empiezo aun en contra de mi voluntad a plantearme...

-Ventana o pasillo - el médico se puso en pie y tomó sus gafas -; pan con chocolate o bocadillo de chorizo - pa^{re}ció que hacía intención de ir a ponérselas pero las vol^{vi}ó a cerrar y las deslizó en el bolsillo de su bata -; el ser o no ser hamletiano llevado a sus más inmediatas conse^{cu}encias en la mente todavía tan tierna y en la personali^{da}d en proceso de formación de un inocente niño... ¡Saber! - había caminado hasta la ventana y hablaba ahora dándoles la espalda, si bien se giraba ligeramente para dedicarles una que otra muy fugaz mirada -, ¡saber o no saber!, ¡esa es la cuestión!...Saber lo que se quiere o no saber lo que se quiere; querer lo que conviene o lo que no conviene; con^{ve}nir lo que agrada o lo que más disgusta; disgustar el pla^{ce}rer o gustar del dolor...¡Ventana o pasillo!, ¡merendar un en modo alguno solicitado bocadillo de chorizo viéndose pri^{va}do, en consecuencia, de poder esconder el pan que habría de acompañar al chocolate detrás de una maceta con caléndu^{la}s!...¡No!, ¡jamás! - ahora sí que hablaba sin mirarles, ni aun de forma fugaz -, ¡el niño que no ha burlado en su mo^{me}nto el poder, la autoridad, a sus mayores, arrastrará de por vida el estigma, el calvario, el castigo de su culpa y no será jamás un adulto hecho y derecho!! - bajó la cabeza, relajó los hombros y su voz se hizo queda -. Nunca ese niño cuando llegue a hombre le dirá a su madre ¡yo no quiero a Purita!, y, cabría preguntarse...cabría pero no cabe porque la capacidad de cuestionarse está truncada, amputada...ca^{br}ía preguntarse ¿no quiero a Purita porque Purita es un pe^{ta}rdo o sólo porque está queriéndomela imponer mi madre?... y, con esa capacidad de discernimiento cruelmente distorsio^{na}da, estaría habiendo, pregunto, ¿estaría habiendo elemento de juicio necesario y suficiente para llevar a Purita al al^{ta}r y jurarle amor eterno o, por el contrario, para renegar y abominar de Purita y, en consecuencia, lanzarse a la calle como un loco en pos de una Matilde, o una Encarna, o una Mari Loli o cualquier otra criatura quién sabe si no infinitamen^{te} más abominable?...- se pasó la mano por el pelo entrecano -. Y Mari Loli, o Encarna, o Matilde o aun la misma Purita... ¡sí, la misma Purita, por qué no!, la misma Purita qué otra cosa podría hacer, no disponiendo de una madre propia como no

disponía contra quien rebelarse, que aceptar o rechazar a un sujeto enmadrado que la ignorará mañana tras mañana y te le fon eará, despiadado, en las mismísimas narices de la espo sa, a la suegra de ésta para preguntar sin recato alguno "¿qué corbata me pongo?"...Ah, no no no no no, señores míos, el in signe maestro Freud ya lo dijo, y lo dijo muy bien, que la cor bata es un símbolo eminentemente sexual.

"La corbata es un símbolo sexual - continuó - y usted, caballero, telefoneaba cada mañana a su madre para, de forma subconsciente, lanzarle el mensaje subliminal de estoy insa tis fecho con mi matrimonio y no amo a la mujer que tú me im pusiste y todos los días de mi vida te culparé de mi infeli cidad. Usted no lo hacía de manera intencional, temía dema siado a su madre para hacerle incriminaciones abiertamente, le aterraba la idea de que ella, como ya hiciera antaño, le hiciera la pregunta de ¿quieres así pues separarte de tu es posa? que le hubiera retrotraído a aquella otra situación do lorosa de desgajamiento interior en que, en un autobús, us ted se vio por primera vez forzado a elegir...mas, ah, ino, no, no, caballero no!, ¡usted se resistió!!; usted se opuso desde el sutil parapeto de la sólida trinchera de su inhibi ción a decantarse por una preferencia que así, a lo tonto a lo tonto y como quien no quiere la cosa, le abocaría a vivir preso ya de la eterna disyuntiva de qué es lo que en cada si tuación que el azar depare va a esperarse de mí.

"Y, usted, señora, esposa del hombre supuestamente dubi tativo e indeciso pero en el fondo firmemente resuelto a no dejarse mediatizar por el entorno ni por los intereses de quienes so pretexto de estar siendo presas del propio desvali miento como es el caso de usted, señora, lamentando el haber se visto privada de la madre a quien poder achacar sus erro res...so pretexto de estar siendo presas del propio desvali miento e invistiendo a su inseguridad de la categoría quimé rica y falaz de noble sentimiento...usted, señora, y todas las mujeres como usted se agarran como lapas a la muy cómoda creencia de que han sido manipuladas cuando en el fondo es tan perfectamente satisfechas de no haberse manchado sus blan cas manos metiéndolas en la masa de la elección siempre proce losa del particular e inexcusable destino.

"Ustedes son tal para cual, señores míos; el hambre y las

ganas de comer y se están destruyendo simultáneamente y de vorándose al unísono y aniquilándose de mutuo acuerdo a la sombra de sus irreconciliables desacuerdos encubiertos tras las máscaras de la discontinuidad de la conciencia porque, han de saberlo ustedes, la conciencia no es continua y en su discontinuidad va y viene y se demora y se nos adelanta y nos aguarda agazapada en los recodos del ser y la nada para saltar sobre nuestra idiosincrasia concatenante porque "yo no soy yo sino mi circunstancia" ni mi ego pertenece nada más a mi yo ni las eventualidades consuetudinarias que se interfieren en el devenir de los aconteceres supuestamente impensados y desnudos de lacerantes imbricaciones autocastradoras que van a facultarnos para esgrimir el entimema de adyacentes conjeturas pretéritas son subyacidas por otro elemento distorsionante que el bloqueo emocional que se produjo cuando, allá en el oscuro reducto donde moran los resortes de las multiformes correlaciones de disociaciones intersensoriales, el nucleo de mi personalidad...es decir, el nucleo de las personalidades suyas , caballero paciente y abnegada esposa acompañante...el nucleo de sus personalidades...fue diseccionado por el filo del estilete de la duda hábilmente manejado por los dedos de una tía materna en torno a la empuñadura de un cuchillo de cocina hendiendo el tierno pan de la merienda de un niño indefenso que ve cómo una vez más en su azarosa vida plagada de desaciertos le va a ser hurtada la oportunidad de sublevarse porque no se le está negando lo que sí desea ni obligando a aceptar lo que detesta sino que se está sintetizando en él la controversia de dos hermanas supuestamente bien avenidas que, sin embargo, se están odiando porque la una, su madre de usted, su suegra, señora, estaba siendo el chivo expiatorio del amor frustrado de su tía, la del bocadillo, que vio malogradas sus expectativas de contraer el matrimonio que ansiaba con el hombre de quien secretamente estaba enamorada y, en injusta pero perfectamente comprensible venganza, decide vengarse del hombre que la despreció en la figura del hijo nacido del vientre de una hermana que posiblemente no era la primera vez que la privaba de ver culminados sus anhelos y usted, en los substratos más profundos de su memoria, no lo ignoraba y albergaba el temor de que cuando su madre lo instó a preferir ventana o pasillo lo único que en verdad estaba pretendiendo

era generar en usted un irrefrenable sentimiento de odio hacia toda mujer que en cualesquiera otras circunstancias ulteriores a lo largo de su vida lo empujase a la perplejidad a que ineluctablemente aboca de manera angustiosa toda forma de elección. Pero su tía de usted no fue culpable, su tía no fue culpable y usted de manera inconsciente lo sabía; usted aun sin saber sabía...porque existe, señores, Jung lo dijo, un inconsciente colectivo mediante el cual todos somos conocedores de que las tías furtivamente enamoradas de los maridos de las hermanas quieren a sus sobrinos de una forma enfermiza, enfermiza si se quiere, pero nunca malvada y siempre de manera absolutamente desinteresada...usted sabía que su tía no actuó de mala fe en modo alguno y su madre, caballero, eso no lo pudo soportar y fue ella quien pasó a detestar a todas las mujeres presentes y futuras a las que, en su irresolución, no se decidiera a aborrecer usted personalmente y así fue como eligió a su esposa aquí presente doña Pura, ia puritito azar, valga la redundancia y a mero capón!, ito talmente a voleo porque a ella cuánto podía importarle si fue ra la nuera la que fuese ella de todos modos no la iba a tra gar! - el doctor, siempre de espaldas, inmerso en su discurso, pegó un profundo soplido y prosiguió -: pero, usted, se ñora, fue muy lista, portentosamente astuta y se zafó; usted se resistió con uñas y dientes a ser odiada y se juró...por que usted se lo juró y si no recuerde...recuerde...se juró "si tienes que tener tirria a alguien por éstas - el médico unió el índice y el pulgar de su mano derecha y estampó allí un sonoro beso - que va a ser a tu madre" y mañana tras ma ñana eludió el decantarse por tal o cual corbata soslayando así el terco requerimiento del marido que, a su vez, se resis tía... todos los indecisos son igual de cabezones, créanme... se resistía a no ser el niño obediente que quiere por encima de todo complacer a mamá, que...¡unos Edipos todos!...Todos unos Edipos - aplicó un puñetazo sobre el marco de la venta na, con rabia - enamorados de sus mamás y, ahora, ahora me vienen a mí a contar sus penas y usted, usted sobre todo, ca ballero, calzonazos impenitente y redomado, pretende a las puertas de la ineludible madurez que usted...y perdone...no logrará por mucho que ya esté casi calvo nunca...que usted se

empieza aun en contra de su voluntad a plantearse...iplantearse!, ¿plantearse, qué?, ¿qué cabe plantearse a estas alturas? - con movimientos lentos, cansinos, sacó las gafas del bolsillo de su bata blanca y se las puso, e inqurió -: ¿hay alguien que me pueda responder?

-Pues...nosotros...

-¡Ustedes! - con profunda amargura -, ¿ustedes van a responder? - se giró, aunque sin ganas -, ¿ustedes?...y, si se puede saber...¿quiénes son ustedes?

-Bueno - él, un hombre guapo de aspecto de playboy, vestido de irreprochable sport -; por azares del destino nuestra vida ha tomado un impensado giro...

-Sí, doctor - la esposa, una señora alta de aspecto muy sereno -, mi esposo, que siempre fue un oficinista trajeado ha ascendido en su empresa y se ve obligado a vestir así, como lo ve, de hombre de mundo...

-Y no me hallo. Yo estoy habituado a las corbatas... como ésta...

-¿Se puede? - una anciana portando una bandeja.

-Mamá...que estoy en consulta, por favor.

-Me da igual - posando la bandeja en una esquina de la mesa -; tienes que merendar...y, ustedes - girándose a la pareja con una sonrisa llena de satisfacción - ya verán, mi hijo es una eminencia, paciente que entra en su consulta paciente que sale por la puerta...

-¡Mamá!

-Como nuevo...ya lo verán - coloca un florero y alisa un pañito y, con sus manos temblorosas, toma la corbata de sobre la mesa y, doblándola, considera de voz baja -: no sé ya qué hacer con tantísimas corbatas. Menos mal que este señor no lleva. Hale, hasta luego.

-Si ustedes gustan...

...un texto un poco largo que recorrí de arriba a abajo de un tirón sin leer, porque una docena de páginas no se puede "denominar texto largo" si se lo compara con El Quijote o La divina comedia, desde luego, pero sí si se le contempla a las cuatro de la madrugada sabiendo que el despertador sonará a las seis y cuarto.

Y dormí.

Recuerdo, como en una nebulosa en mitad del torbellino de situaciones y emociones encontradas que es mi vida, que dormí profundamente aquella noche y que, ya de mañana — no sabría precisar si tras el desayuno o una vez depositado el niño o quizá dos en el colegio, o si quien los llevó fue mi marido; o después de haber rezado los maitines o firmado, según en qué circunstancias y en nombre de razones que no quise con el día que me esperaba analizar si eran mejores o peores, un despido; pero no importa mucho — o quizás por la tarde porque muy bien pudiera ser que la mañana la emplease en buscar mi muñeca o mis sandalias o en atender a un individuo apresurado que me entregó determinadas pertenencias, me senté, ya más calmada, frente al ordenador.

- ¿Dónde estábamos? — me pregunté, dando la primera calada al primer cigarrillo sosegado del día, mientras esperaba a que le viniese (al ordenador) “el alma al cuerpo”, como yo digo.

Al fin le vino. Le vino al ordenador el alma al cuerpo, pero no a mí el punto en que me quedase cuando lo apagué de madrugada.

Busqué afanosamente por las páginas que, junto con la de mi banco y la de la cartelera de los cines y la del Google

Earth que había abierto para buscar no recuerdo después de tanto tiempo si un hospital o una pastelería y alguna otra de cosillas curiosas que me gustan o indecentes que me disgustan pero no sé ya cómo decirle a mi marido que haber cómo diablos las bloquea “mi amor” — porque me gusta ser amable aunque esté francamente molesta — “que ya sabes cómo son los niños”, se habían ido almacenando poco a poco en el historial.

Pero no la encontraba.

Me puse tan nerviosa que me empezó a picar todo el cuerpo; y me entraron calores, y llegué a estar tan de veras sofocada que hasta pensé dejarlo — a mi marido, o al niño en casa; pero debe de ser que lo había llevado él (al colegio) porque ahí estaba de vuelta preguntando “en esta casa no se desayuna o qué” — pero ahí seguimos porque, como él dice, “¿dónde vamos a ir ni tú ni yo que más valgamos?”.

Seguí tecleando (sin dejar de refunfuñar) mientras mi marido preparaba sin dejar de refunfuñar tampoco el café y las tostadas protestando no tenemos mermelada...

Y sé que me debatí por unos instantes entre apagar el ordenador o pedir el divorcio a uno de esos hoteles lujosos que te lo traen en una bandeja con su zumo y todo y “anda, toma y calla”.

Y que al final no me decidí por ninguna de las dos opciones o, ante la duda, por ambas, y que seguí tecleando como una verdadera loca hasta que, en premio a mi tenacidad, encontré...